

P E E C K , P I I C K Y C i e .

De "LOS ROSTROS PÁLIDOS"

Natural, aunque tengamos esta criticable debilidad por el sexo bello, no nos detenemos a observar a cuanta diablo pasa al lado nuestro.

Y menos en viaje, frente a un palacio cuyo estilo renacimiento nos recomienda el Badaeker, o ante el estupendo Inghirami, de Raffaello, o mientras nos torturamos el cuello, los ojos puestos en el Adán y Eva robustos de la Capilla Sixtina...

Pero cuando hemos visto en una góndola del Canal Grande a una blonda miss romántica que sueña mirando la Isla de San Giorgio o suspira ante Santa María della Salute; cuando la misma rubiecita, que ahora nos parece francesa, se detiene con una inteligente comprensión ante los frescos de Beato Angélico en las celdas del Convento de San Marco, o goza la visión inigualada de esa armoniosa plaza del Duomo de Siena, bajo la noche estrellada... y cuando esta femenina figura va siempre diversamente acompañada, nos es necesario verla y recordarla hasta el punto de sernos familiar y complementar nuestras más caras e inolvidables impresiones.

Por eso cuando el señor Ministro, de paso por Milán, me presenta en el hall lujoso del hotel a la señorita Susanne Durand, que va a Capri a reunirse con su familia, estoy a punto de exclamar:

—Si yo ya conozco este bichito!

Pero el señor Ministro es un personaje respetable, y yo debo guardar la forma.

Nuestro diplomático es una persona ya un poco anciana — (me debe llevar treinta años) — a quien no le sienta bien el aire de Italia en tan buena compañía, por lo que, bastante zangoloteado de los viajes, luego del café, del habano perfumado y del rum, se adormece en la muelle poltrona.

Conversamos con la señorita.

Es fina, encantadora, inteligente.

Hablamos de viajes.

Evoca con una sutilidad y un gusto refinado las cosas de arte, los rincones históricos, los paisajes de magia. Conoce Suiza, ha recorrido España, no hablemos de su Francia, y ahora se especializa con Italia.

Ella es una mujercita moderna.

Reúne a una exquisita sensibilidad un equilibrado sentido práctico.

Me afirma:

—Es posible me haya visto en Florencia, en Venecia, en San Gimignano, esa joya medioeval dormida en el cinturón de sus viejas murallas adornadas de magníficas puertas monumentales...

.....?

Sueño con la Toscana de los esponjados olivares de plata y los cipreses espirituales; con el paisaje asordinado de Siena, con la trágica horfandad de Pisa, durmiente del bosque de la historia.

.....?

—No tengo tal familia en Capri...

.....

—Sí, usted siempre me ha visto con gente joven. Es con quien me agrada viajar.

Es lo ideal.

La luna de miel en los canales poéticos donde bogan las góndolas... En la Roma eterna, sintiendo la música de sus fuentes... Frente al azul mar de Nápoles, arrullados por las canzonettas sentimentales y melancólicas...

Viajar sola es bastante aburrido. No tener con quien cambiar impresiones... volver a la noche a los fríos e inhospitalarios cuartos de hotel, amarillos de nostalgias... no encontrar quien nos diga una frase en nuestra lengua, nos haga una caricia, un mimo...

En fin, la naturaleza nos ha dado dos ojos, pero nada se ve mejor que con cuatro... Entiende?

Entiendo. Valoro el refrán:

«Cuatro ojos ven más que dos».

Y no le escatimo mi aprobación y mis elogios.

Extraordinaria fémina capaz de vivirse cuatro lunas de miel en un año, bajo diferentes cielos, y contestar «yes» a un inglés, «oui» a un hijo de Galia, y «sí», con un arrastre tropical, a un sudamericano tanguista y un si es o no rastacuero.

No es de hoy mi alto concepto sobre las generosas Afroditas. Samaritanas del amor, que refrescan la boca sedienta de los peregrinos... Y qué decir de este ser excepcional, espejo del buen gusto, alma de artista, con cuatro lenguas, que sabe pintar y coloca bien un suspiro, una exclamación, una frase en un umbrío laberinto del Jardín de Bóboli, bajo los arcos góticos del Palazzo Ducale, entre los mirtos verdes y las rosas pálidas de Villa d'Este...

No poseo madrigales ni exaltaciones suficientes para esta sacerdotiza del Amor, del Arte y de la Poesía.

Escanciadora de la Ilusión, que es la mejor gracia de la vida, tiene una misión tal que una sociedad mejor civilizada consideraría casi divina, por arriba del mérito de los filósofos, de los poetas y de los héroes.

La Sociedad Limitada Peeck, Piick y Cie. que a los hombres solteros o casados que viajan solos les facilitan el consuelo de una grata y complaciente compañía, puede parecer una cosa seca, mecánica y mercantilista, como esas empresas norteamericanas de viajes que comprenden en la gira a Italia el ferrocarril, los museos, las propinas, el hotel y diez lecciones de «bel canto»...

Pero prescindamos de la faz práctica del asunto, y vayamos al alma, al suspiro en el claro de luna, a la canción sin palabras, al flexible cuerpo amoroso.

Y unamos a eso la figurita distinguida y elegante, y la garantía de cualquier peligrosa debilidad en las ciudades desconocidas.

No es esta señorita casi una institución?

No es la casa Peeck, Piick y Cie., de París, — única en su género, — una estupenda trovata?

¡Oh, exquisita civilización europea que has llegado a vendernos felicidad a tanto por kilómetro!

Yo te respeto y te reverencio, y mientras el señor Ministro ronca, acuerdo con mi simpática conocida un viaje de bodas a Egipto, gira que tendré la suerte de conseguir a tarifa reducida dado que mi antecesor, el distinguido diplomático, ha sufrido (por ser viejo), un recargo en los gastos: «Por acompañar a Capri una señorita que se va a reunir con su familia».